Recuerdos

La Semana Santa de León vista a través de La Horqueta Digital

2011

www.horqueta.net

Índice

Prólogo _____ página 2
Carlos García Rioja

Viernes de Dolores _____ página 4
Recuerdos de Manuel T. González Medina

Sábado de Pasión _____ página 7
Recuerdos de Javier García Argüello

Domingo de Ramos _____ página 14
Recuerdos de Marta Franco López

Lunes Santo _____ página 17
Recuerdos de Juan Amoedo Maneiro

Martes Santo _____ página 20
Recuerdos de Susana Peña Valle

Miércoles Santo _____ página 24
Recuerdos de Agustín Nogal Villanueva

Jueves Santo _____ página 30
Recuerdos de Jorge Revenga

Viernes Santo _____ página 35
Recuerdos de Xuasús González

Sábado Santo _____ página 41
Recuerdos de Álex J. García Montero

Domingo de Resurrección _____ página 46
Recuerdos de Pablo J. Álvarez Robles

Fotografías: Javier García Argüello, Álex J. García Montero, Carlos García Rioja, Xuasús González, Agustín Nogal Villanueva, Ramón Prieto Valdés, Jorge Revenga y José Manuel Rodríguez.

Prólogo

Carlos García Rioja

Recuerda

Recuerda una Semana Santa, a priori, para el olvido, dejándote llevar de la mano de diez papones que comparten, a continuación, sus vivencias e impresiones con todos nosotros: Manuel T. González Medina, Javier García Argüello, Marta Franco López, Juan Amoedo Maneiro, Susana Peña Valle, Agustín Nogal Villanueva, Jorge Revenga, Xuasús González, Álex J. García Montero y Pablo J. Álvarez Robles. Vaya para todos ellos, en nombre de La Horqueta, nuestro más sincero agradecimiento.

Recuerda aquella Semana, de diez días para más señas, que ya jamás olvidarás, contando y recontando por qué fue única, como cada año, aún con las calles vacías cuando debían estar repletas; con los pasos solos, en el momento de estar multitudinariamente acompañados.

Recuerda para que otros recuerden que, sobre sus hombros, recae un peso más pesado que el del paso: el de la responsabilidad de salvaguardar un patrimonio heredado, unas costumbres estrictas, unos hermanos que son el más grande tesoro, una puesta en escena llamada a ser una catequesis en la calle. Recuerda también, con la lectura reposada de estas páginas, que cada procesión es medio y no fin, que la Semana Santa es culmen, sí, pero que nada tendría verdadero sentido sin un recorrido previo, sentido y vivido, que dura un periplo, el que va de Resurrección a Dolores.

Recuerda hoy, o cualquier día, a cada momento, que el pasado –de alguna forma– permanece entre nosotros y nos impulsa para que,

este presente que ahora vivimos, forme parte de esos recuerdos, para que –de esa misma materia– se construya el futuro.

Recuerda para aprender y enseñar, para que todo sea un eterno ayer que hoy ya vivimos sin nostalgia. No vuelvas la vista atrás porque siempre es ahora y han desaparecido los límites de la memoria, que vives como la mayor de las realidades, con el ánimo abierto de par en par para recibir cada día un nuevo Viernes de Dolores; para decirle sólo un *hasta luego* a La Soledad *obrera* que, Puerta Sol abajo, busca un año más el abrazo con su barrio.

Recuerda que nada empieza ni termina, que la vida es una eterna Semana Santa que tú puedes vivir cuando quieras. Por ejemplo aquí y ahora, pasando la página, abriendo estos Recuerdos.

Viernes de Dolores

Recuerdos de Manuel T. González Medina

Viernes de Dolores, principio del fin

Hoy no es un día más, un extraño nerviosismo y hormigueo me recorre el cuerpo, al igual que a casi todos los papones. Y es que hoy es Viernes de Dolores, pórtico de la Pasión, el día más esperado del año, el día en que León se echa a la calle ávido de procesiones. El día en que se cambian tradicionalmente saludas e invitaciones. El día en que un Cristo muerto recorre en brazos de Su Santísima Madre las calles más entrañables de la ciudad.

Y es también el principio del fin, ya que todo lo que llevas esperando un largo año pasa mucho más deprisa de lo que puedes imaginar y controlar. Es imposible parar el tiempo, y quizás perdiera su encanto, pero hoy a las ocho de la tarde comienza la cuenta atrás para que se terminen las procesiones.

Todos estos pensamientos cruzaban por mi cabeza, mientras me acercaba aceleradamente hacia la iglesia del Mercado acompañado de Ana y los dos peques, ¡¡¡que vaya afición están cogiendo!!! Para nosotros es muy especial este año 2011 pues parece que ya se enteran de algo y preguntan muchas cosas: “papá, ¿por qué llora la Virgen?”; “papá ¿por qué tiene *pupa* Jesús?”, …

Como os podéis imaginar, tanto Ana como yo disfrutamos enormemente de que en los niños vaya calando todo el peso de nuestra tradición cofrade.

Mientras íbamos llegando, se empezaban a escuchar los sones de las bandas, acercándose hacia el viejo barrio donde cada Viernes de Dolores, y bajo un

repique de campanas, la Morenica traspasa año tras año el umbral del alma de León.

Y llegó el momento soñado. La Madre ya está en la calle; mecida suavemente por sus braceros, avanza inexorablemente por su barrio para volver a enamorar a la capital de su Reino. La expectación es creciente, y todo el pueblo espera en las aceras a que pase su Madre Dolorosa.

La visión del paso subiendo la cuesta de Carbajal, desde la Plaza del Grano, es sublime, solemne, preciosa. Siempre he pensado que desde la distancia se aprecia mejor el discurrir de la procesión de la Morenica. Y mi hija vuelve a preguntar: “papá, ¿dónde están los papones? ¿Por qué no llevan capillo?”

Qué tienes, Señora, que arrastras multitud de mujeres tras Tus pasos, muchas de ellas madres afligidas como Tú, ofrecidas en amor a una promesa que sólo vosotras conocéis. Lo único que quieren hoy es alumbrarte con su alma de cera, cera que ya apenas se derrama en esta capital del Viejo Reino, pero que hoy se hace importante en el río de fe que deja Tu estela.

El tiempo corre, y cuando te quieres dar cuenta, la Señora ya coquetea con su cercanía a la verja de la Catedral, y comienza a descender por la calle Ancha, que hoy parece más estrecha que nunca: la gente sigue abarrotando las calles a Tu paso.

Al final de la calle Ancha se desemboca brevemente en el nuevo León, y con el canto de la Salve en Santo Domingo se vuelve a rememorar una de nuestras más sentidas tradiciones, siempre igual, pero siempre diferente…

San Marcelo, Teatro y Rúa, retorno al castizo barrio. Ya queda menos pera llegar a Tu casa; ya queda un poco menos para volver a Tu camarín, desde donde intercedes por todos los leoneses y foráneos que ante Tus plantas Te imploran, Te piden y Te rezan.

La llegada es emocionante con una Iglesia del Mercado repleta, en la que si no andas un poco listo te quedarás fuera y privarás a tus sentidos del gozo incomparable de ver como una Madre afligida es aclamada por su pueblo:

¡Oh!, Virgen del Camino, Reina y Madre del pueblo leonés,
muéstranos a Jesús vivo y glorioso,
que herencia nuestra es, que herencia nuestra es…

Y he de confesar que son Tuyas las únicas flores que guardo de año en año; a veces con un solo pétalo basta. Y son las Tuyas no por casualidad, sino porque eres Piedad, Pregonera de Pasión, Virgen de las Vírgenes, Catedral de Dolor; eres, Señora, Reina de León.

Con el primer día llevado a término, el sonido del Himno a la Virgen aún retumbando en mi cabeza, y la promesa de vernos de nuevo dentro de un año, puntual como siempre a las ocho de la tarde en la calle Herreros, me encamino a casa sin saber que lo que acabo de vivir será una de las pocas salidas procesionales que nos brinde la Semana Santa de 2011…

Sábado de Pasión

Recuerdos de Javier García Argüello

Para los que nos dedicamos en cuerpo y alma a la Semana Santa, la actividad comienza ya a primera hora de la mañana, pues es el día indicado en muchos casos, siempre que el calendario escolar lo permita, para realizar el traslado de tronos y enseres desde los distintos lugares en donde se encuentran guardados todo el año.

La actividad en las instalaciones del Mercado Nacional de Ganado era frenética. Los locales de la mayor parte de las Cofradías y Hermandades tenían sus puertas abiertas, y en ellos los hermanos y hermanas se afanaban unos por un lado, montando algunos de sus pasos, y por otro comenzaban a sacar tronos y enseres hacia las plataformas que, año tras año, generosamente, el Ayuntamiento de León pone a disposición de la Semana Santa.

Ya en la jornada vespertina, da comienzo uno de los días más intensos en cuanto a actos de Semana Santa se refiere. Ya casi ha quedado borrado en el tiempo cuando el Sábado de Pasión era un día vacío, un paréntesis entre el Viernes de Dolores y lo que llamábamos los chavales la verdadera Semana Santa de procesiones, pues aunque el Domingo de Ramos tenía dos desfiles procesionales, no nos parecía Semana Santa.

Esa época ya ha quedado muy atrás y, como dije, ya casi diluida en la memoria de muchas personas. Este año, además, contribuye a aumentar los actos el hecho de que se celebre en León la Procesión de Hermandad, que de forma alterna se realiza entre nuestra ciudad y La Bañeza.

Con tranquilidad absoluta comencé mi periplo para no perderme ni uno solo de los actos previstos en la tarde del sábado. Ciertamente no salí lo pronto que hubiera querido, pero la verdad es que el cansancio de la mañana no me lo permitió.

El primer encuentro de la tarde lo tuve en la Plaza de San Isidoro, con la procesión Jesús de la Esperanza, y la actuación de la Coral Isidoriana al paso de la misma. En la plaza, las dos casetas de información de Semana Santa correspondientes a las Cofradías del Desenclavo y del Sacramentado se encontraban bastante concurridas

de público que solicitaba principalmente programas de procesiones y estampas.

De aquí, por la Calle del Cid a la Rúa para acceder al interior de la Capilla de las MM. Concepcionistas y asistir a la bendición de túnicas y el rito de la admisión de nuevos hermanos y hermanas de la Cofradía del Santo Sepulcro – Esperanza de la Vida, que cada año se celebra en el transcurso de la misa anticipada del Domingo de Ramos, que estuvo presidida por el capellán de la Cofradía, D. Primo Lucio Panera. Un acto muy intenso que me sirvió para recordar mi ingreso en la Cofradía del Santo Sepulcro unos años atrás.

A la conclusión de la misa, la procesión de Jesús de la Esperanza ya desfilaba por la calle de la Rúa. La imposibilidad temporal no me permitió acudir al besapié del Cristo de la Redención, que dio comienzo a las 7 de la tarde en el cercano Convento de las MM. Benedictinas. No obstante me acerqué hasta la capilla para intentar ver algo.

A la misma hora y de la iglesia de Jesús Divino Obrero salió la Procesión de Hermandad, organizada por la Real Hermandad que lleva el nombre de la parroquia.

El punto de partida de la procesión se remonta al año 1995, cuando la Real Hermandad de Jesús Divino Obrero y las Cofradías de Jesús de Nazaret, de Valencia de Don Juan, y de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de La Bañeza, se reúnen con el objetivo de poner en marcha una procesión itinerante en cada una de las tres localidades. La primera salida sería en 1996 por las calles de León, aportando cada una de las tres cofradías un paso. Desde el año 2002, sólo participan dos de las tres, quedando fuera la de Jesús de Nazaret.

A eso de las ocho de la tarde, todavía con luz solar intensa debido a lo tarde que cayó la Semana Santa de este año, quedé con unos amigos para tomar un par de limonadas y después acompañarme a

ver las procesiones que estaban por la calle a esas horas, y el Vía Crucis de la Bienaventuranza.

El destino siguiente, buscar la Procesión de Hermandad. La procesión bajaba por Caño Badillo, estando el principio ya enfilando la calle San Pablo, por lo que escogimos la calle Víctor de los Ríos, muy cercanos al final del recorrido para ver el cortejo, en la que el público asistente era más bien escaso.

A las nueve de la noche, de día aún, llega la cabeza de la procesión ante nosotros. Los dos guiones de las cofradías organizadoras –Jesús Divino Obrero, de León, y Nuestro Padre Jesús Nazareno, de La Bañeza– son los inmediatos a la cruz alzada y los ciriales.

El primer paso es el que aporta la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, a hombros de sus hermanos, que representa a San Juan camino del Calvario, obra del escultor zamorano Hipólito Pérez Calvo, al que le sigue la Banda de Cornetas y Tambores.

Cuando comienzan a encenderse las luces de la ciudad, y teniendo como telón de fondo la Catedral y el Torreón de los Ponce, llegan los hermanos y hermanas de filas de Jesús Divino Obrero. Tras ellos, el magnífico paso de las Tres Marías, obra del insigne escultor Víctor de los Ríos, que es precisamente quien da nombre a la calle en la cual estamos viendo la procesión. Tras él, la banda de la Hermandad y, cerrando el cortejo, una exigua representación de las distintas cofradías y hermandades de la Semana Santa de León, pues únicamente estaba la de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz, con quienes están hermanados.

En nada se ha hecho noche cerrada. Desde ahí subimos por Puerta Sol para llegar a la Plaza Mayor, cuajada de público que veía la procesión de Jesús de la Esperanza, por lo que éste sería mi segundo encuentro con esta procesión. Nuestra idea era marchar hacia San Claudio a ver el Vía Crucis pero, antes, una breve parada para

contemplar la belleza de Nuestra Señora la Virgen de la Esperanza, que estaba en una parada frente a la iglesia de San Martín, en la calle Plegaria.

Esperamos pacientemente el final de la procesión para corretear por las calles de los barrios de San Martín y El Mercado, y salir extramuros del Casco Antiguo para cruzar el jardín de San Francisco, y adentrarnos en las calles del Barrio de San Claudio a la búsqueda del Vía Crucis de la Cofradía del Santo Cristo de la Bienaventuranza.

Había salido a eso de las nueve de la noche, desde la iglesia de San Claudio para, como cada año, recorrer las desangeladas calles del barrio que lleva el nombre de la parroquia, asentado a su vez en el solar del que fuera uno de los mayores y más influyentes monasterios de la Edad Media en León, y del cual en la actualidad no queda absolutamente nada.

En la calle San Vicente Mártir nos topamos con el Vía Crucis. Un silencio sepulcral sólo roto por los sones del Trío de Capilla “Legio VII” que acompañaba al Santo Cristo de la Bienaventuranza, en calles casi vacías de público, aunque ciertamente el acto merece ser contemplado.

En este punto del barrio, y al dar la esquina hacia la calle Martín Sarmiento, dos luminarias del alumbrado público se encontraban fundidas, lo que contribuía con esa semioscuridad a dar al desfile un aspecto más imponente. Sobrecogedor me resultó ver al “Moreno” de la Bienaventuranza a hombros de los hermanos y hermanas de color negro y azul.

Antes de dar el giro hacia la calle Párroco Carmelo Rodríguez, junto al Colegio San Claudio, una parada del Vía Crucis. Algunos vecinos de una casa cercana abandonan su noche televisiva para salir a la ventana para ver a su Cristo. El barrio se encuentra sumido en un halo de misterio.

Hacía varios años que no me llegaba hasta el barrio de San Claudio para ver el Vía Crucis. El primer año que me acerqué a verlo era una noche desapacible, con un fuerte viento que traía de vez en cuando algunas ráfagas con lluvia. Vi pasar al Cristo de la Bienaventuranza de una forma insólita. Para refugiarme de las inclemencias meteorológicas me refugié dentro de una cabina telefónica en la Plaza del Congreso Eucarístico.

Este año nada tiene que ver con aquel de antaño. La noche estaba totalmente despejada, con una temperatura muy agradable, propia de la primavera. Aquel día nadie se imaginaba lo desastroso que resultaría el devenir de los siguientes días de la Semana Santa de 2011, a partir del Lunes Santo.

Acompañamos al Vía Crucis, desde la acera hasta la Plaza Doce Mártires, en la embocadura con la calle Monasterio. Desde ahí, aceleramos el paso para ir a ver la última parte de la Procesión de Jesús de la Esperanza.

Pasamos a toda carrera por delante de la Capilla de Santa Nonia, y en la nave contigua estaban preparando los pasos para el Viernes Santo. Al llegar a la Plaza de Santo Domingo, el tráfico estaba aún cortado, ya que la procesión se encontraba aún frente a la capilla del Cristo de la Victoria. Oímos a la banda que lleva su nombre, y desde lejos observamos que la cabecera de la procesión ya estaba en la calle del Cid.

Por entre la gente nos adentramos en el jardín que lleva el mismo nombre y allí, después de esperar apenas tres minutos, llegó la procesión, que cada año desde 1995 ha venido organizando la Sacramental y Penitencial Cofradía de Nuestro Padre Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad, Amparo de los Leoneses. Nombre extremadamente largo para lo que estamos acostumbrados en nuestra ciudad, y como los leoneses somos muy dados a acortar los nombres, la conocemos popularmente como “El Sacramentado”.

Y como dice el refrán, “a la tercera va la vencida”. Apostados detrás de las verjas del jardín nos decidimos a ver la procesión entera. En mi caso ya era la tercera toma de contacto con la procesión desde que saliera de la Real Colegiata de San Isidoro, a eso de las seis de la tarde.

Cruz alzada y ciriales, y a continuación el guión de la cofradía organizadora. Inmediatamente el primer paso, que se estrenaba este año, aunque no era ésta su primera salida procesional, pues días atrás ya había tenido la primera toma de contacto con las calles leonesas, en el traslado procesional de la imagen desde la Catedral hasta su sede la Real Colegiata de San Isidoro.

Sobre el trono, la imagen de Nuestro Padre Jesús de la Esperanza Cautivo ante Anás, titular de la procesión, y obra del imaginero Jaime Babío. Soberbia imagen de vestir y coronado con potencias, aspecto novedoso en la ciudad y muy común en tierras andaluzas, aunque en la Semana Santa de León desfila otra imagen coronada con potencias, y hablamos del pequeño Cristo atado a la Columna, obra del siglo XVII-XVIII, que los hermanos del Desenclavo sacan a la calle en la tarde noche del Jueves Santo.

El trono presentaba un aspecto de provisionalidad con muy poca decoración, a excepción de la instalación de una custodia en su capilla frontal para resaltar el carácter Sacramental de la Cofradía. Esperemos que en años futuros podamos ir viendo el desarrollo completo de la obra, tanto iconográficamente como en el trono.

Tras el paso titular, la Banda de Cornetas y Tambores del Santo Cristo de la Victoria, agrupación independiente pero íntimamente vinculada a la cofradía.

Tras ellos, la representación de una de las organizaciones isidorianas más importantes: la Adoración Nocturna. Le sigue el Tintinabulum,

objeto que año tras año sorprende al público que asiste a la procesión, y del cual se oyen múltiples comentarios.

El segundo paso es la Virgen de la Piedad y del Milagro, obra del siglo XVI que recibe culto en la Basílica de San Isidoro. La pena es que a esta altura de la procesión, bien un fallo técnico, o que las baterías se habían descargado, la imagen iba totalmente a oscuras, por lo que no pudimos apreciar la verdadera belleza de la imagen. El acompañamiento musical le correspondía a la Agrupación del Dulce Nombre de Jesús Nazareno.

El último paso es Nuestra Señora la Virgen de la Esperanza, con un adorno floral muy sobrio y pujado por las hermanas de la cofradía, a las cuales quiero desde aquí mostrar mi cariño por el enorme esfuerzo que hicieron a lo largo de la calle del Cid y hasta el final de la procesión por mantener el paso de una forma muy digna, ya que al llegar a este punto iban totalmente agotadas. Tras ellas, animándolas, la Agrupación Musical de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad.

Eran cerca de las doce de la noche, incluso más tarde aún, cuando la procesión llegó a su punto de partida y se dio por concluido uno de los días más agitados de toda la Semana Santa de 2011, pues por desgracia los siguientes al Domingo de Ramos estuvieron marcados por las inclemencias meteorológicas.

Para un papón de acera, que a la vez es papón de procesión, ha sido una jornada francamente agotadora. Desde las primeras horas del día hasta el último minuto, impregnado por el espíritu de la Semana Santa. Menos mal que es sólo una Semana…

Domingo de Ramos

Recuerdos de Marta Franco López

Prólogo de sol

Érase una vez… una Semana Santa que se pasó demasiado rápido y un Domingo de Ramos que no presagiaba lo que vivimos en adelante. Seguramente, si llegamos a saber que, en adelante y salvo excepciones, solo veríamos llover, esa tarde la habríamos exprimido al máximo, aún más de lo que lo hicimos.

Como cualquier Domingo de Ramos desde que tengo memoria, mi casa amanece bien temprano. También como siempre, desde que tengo memoria, vamos a carreras de lado a lado para acabar llegando a la puerta de San Marcelo apenas unos minutos antes de la bendición de los ramos, eso sí, siempre con alguna prenda de estreno, que ya se sabe que quien no estrena en Domingo de Ramos…

Una vez finalizada la misa de cumplimiento pascual en San Marcelo, al lado de nuestra Santa Marta, llega el momento de compartir con los hermanos el clásico desayuno en el hotel París, que sirve como preludio a la asamblea que celebramos apenas un par de horas después.

De camino a la asamblea, nos da tiempo a ver durante unos minutos la procesión de las Palmas, una de las grandes desconocidas para mí. Supongo que, como cualquier otro papón cuya cofradía celebre algún acto en la mañana del Domingo de Ramos, ver a la Borriquita en la calle no es algo muy habitual; en mi caso, se reduce a los rápidos vistazos que puedo echarle cuando pasa a la altura de Botines.

Tras la asamblea, llega la hora de disfrutar de las limonadas y las tapas, mientras comentamos el tema recurrente… el tiempo.

Quién nos iba a decir que los pocos que salieron a la calle lo harían jugando con las previsiones y que derramaríamos más de una lágrima por culpa de la meteorología. Pero, de momento, la tarde de este Domingo nos dejó disfrutar de cada momento.

No voy a negar que este Domingo de Ramos fue muy especial para mí, ya que hacía varios años que no lo pasaba por las calles de León: primero, por las procesiones en Villamañán con mi banda, la femenina de Santa Marta; después, por la distancia.

El caso es que me sentí como una niña pequeña cuando vi la procesión del Poder y cuando participé, por primera vez, en el encuentro de la Virgen de las Lágrimas con el Dainos. Además, pude disfrutar del momento con "mis" papones, en el único momento de toda la Semana Santa en que podemos ver una procesión los cuatro juntos.

Mientras iban pasando los cofrades del Cristo del Gran Poder, debatía con ellos acerca del adorno floral (y vegetal) de los pasos. Por supuesto, no llegamos a ningún acuerdo, pero qué sería de nosotros sin tratar de arreglar la Semana Santa en cualquier momento o situación.

Vaya desde aquí, asimismo, mi reconocimiento a los braceros del titular de la cofradía por el grandísimo esfuerzo realizado para subir y bajar el paso en cada parada, al haber roto los tentemozos a mitad del recorrido. Su amor por la cofradía quedó patente en cada uno de sus pasos.

Nada más pasar las representaciones, bajada por Plegarias a la Plaza Mayor, a ver y oír el Dainos. Con cuánta sencillez logran transmitir tantas emociones, con qué delicadeza se escucha el Rosario de la Buena Muerte.

Me despido brevemente para enfundarme el traje negro y correr a Santa Nonia. Allí me esperaba la Madre, llorando por la pérdida de su Hijo y acompañada de varias caras conocidas, de las que se ven sólo alrededor de un paso o con una banda de por medio.

Poco después, en completo silencio, salimos a esperar a la procesión. El encuentro dura apenas unos minutos, pero están cargados de emoción. Tenían razón quienes me contaron que este era uno de los grandes desconocidos de nuestra Semana.

Cuando el Dainos ya se alejaba hacia San Francisco, tocaba ponerse en marcha de nuevo. La Redención llegaba ya a La Rúa, aunque el golpe de sus horquetas contra los adoquines del Barrio Húmedo iba anunciando su recorrido.

Son ya muchos años viendo esta procesión (al cerrar más tarde, me daba tiempo a llegar nada más bajar del autobús), y no deja de sorprenderme su sobriedad, aparte de los semblantes de su Ecce Homo y su Crucificado: esa serenidad en el dolor, esa tranquilidad sin perder la tensión… Son, posiblemente, dos de los rostros más expresivos de nuestra imaginería.

A pesar de las horas, zascandileando y *paponeando* el cansancio no había hecho acto de presencia: las ganas acumuladas desde que cerró el Resucitado en 2010 me hicieron desear que los días tuvieran unas cuantas horas (y varios actos) más. Sin embargo, tocaba ir a descansar, soñando con sacar mi traje en procesión, en la procesión organizada por mi hermandad… ¿Qué mejor "estreno" podría imaginar? Cierto, uno que no estuviera pasado por agua.

Quizá, lo que nos enseñó la pasada Semana Santa es que, en lo que a vivir nuestra pasión se refiere, es mejor ser la cigarra que disfruta de cada segundo que la hormiga que guarda fuerzas para el día siguiente.

Lunes Santo

Recuerdos de Juan Amoedo Maneiro

Lunes Santo de recogida

Cuando mis amigos Xuasús y Carlos me pidieron que plasmara los recuerdos del Lunes Santo de la Semana Santa de 2011, lo único que esperaba era que ese Lunes Santo no fuera como el que nos relató un año antes mi compañero de *sidrinas* Jorge; un Lunes Santo con poco que contar de cara al público y sí de mucho recogimiento.

Mi "particular" Semana Santa había comenzado fenomenal: sacamos el viernes a La Morenica por las calles del viejo León y el domingo realizamos "nuestra" estación de penitencia por el barrio, con la Redención.

Y, sin más, llegó el lunes… un lunes de los buenos, un lunes de año impar, ese año en el que los niños no tienen *cole* durante los días de la Semana Grande, año en el que los paponines son los grandes protagonistas y preparamos pequeñísimas túnicas y cruces para que luzcan como se merecen.

Este lunes me tocaría el papel de papón de acera, de atajador incansable. La paponina de la casa saldría con sus "grandes" amigas Carol y Julia, acompañando a la Virgen de las Angustias en la Procesión de la Pasión, y su padre viendo la procesión una y otra vez como tantas veces hice de niño.

Y que recuerdos… aquella interminable procesión multicolor del Pregón, para muchos el inicio de la Semana Santa, aunque algunos ya lleváramos muchos kilómetros recorridos en el parque de San Francisco detrás de las bandas de Jesús, tocando nuestro maravilloso tambor invisible.

Recuerdos de atajador con mi amigo Guille, que siempre conocía el mejor sitio para ver tocar a su hermano y a los demás chicos del barrio.

Recuerdos de mi vecino Motorines, diciéndome año tras año que al siguiente saldría con él en la cofradía de los negros, de la vecina Santa Nonia.

Amenaza lluvia, pero todos sabíamos que iba a ser una constante durante toda la semana, y las decisiones había que tomarlas en cuestión de minutos. Cuando todos pensábamos que las escenas del año anterior se repetirían, la procesión comenzó a andar…

Empezaban las carreras. Primero para colocarnos en lugares estratégicos para controlar a las pequeñas, y más tarde para volver hacia Santa Nonia a buscarlas.

¡¡Había vuelto a pasar!! León se quedaba una vez más sin poder ver como se merecen a los tres pasos emblemáticos de las llamadas “antiguas”.

Pasando por Fernández Cadórniga pudimos observar como la Redención tenía que rezar a su Cristo, con más recogimiento si cabe, en el interior del Claustro de las Carbajalas. Esa carraca sonando en el interior, ese silencio, ese raseo, las manos de los hermanos acariciando ese Cristo… El único acto de nuestra Semana Santa al cual le “benefician” las inclemencias del tiempo.

La noche no estaba para mucho más. De todos modos, no podía dejar el trabajo a medio hacer, y sin dilación nos acercamos hacia San Marcelo a conocer de primera mano el devenir del Rosario de Pasión de la Hermandad de Santa Marta.

Durante el trayecto, estampas inusuales de Semana de Pasión: papones trasegando limonadas en los bares, hermanos con túnica

blanca y capillo rojo –eso sí, bien colocado en el cíngulo– se nos cruzan en dirección contraria…

Un poco más adelante y frente al edificio del antiguo Ayuntamiento, un hermano de Santa Marta nos comunica que su procesión, como no podía ser de otra forma, tuvo que darse la vuelta a los pocos metros de recorrido. Una pena, teniendo en cuenta el valor de las imágenes que se procesionan. ¡Otra más! Esto no podía estar pasando…

Por último, la Solemne Adoración de las Llagas de Cristo parecía que iba a tener mejor suerte. La procesión salió de las Concepcionistas con la seriedad que caracteriza a esta joven cofradía. Su Titular, mecido cuidadosamente por las calles del barrio Húmedo, un barrio casi desierto en el que unos pocos queríamos seguir estirando este lunes…

Como no podía ser de otra manera, la lluvia hizo acto de presencia para despedir este Lunes Santo. Día en el que me llevo gratísimos recuerdos de mi infancia de papón de acera, pero no buenos recuerdos de este Lunes Santo de 2011, en el que alguna paponina que procesionaba por primera vez de la mano de la Virgen de las Angustias –y no de la de su padre–, necesitaba que llegara el soleado día siguiente y salir con su Soledad.

Martes Santo

Recuerdos de Susana Peña Valle

Y la Semana Santa también hizo Historia

Arrancaba otra Semana Santa, la de 2011, otra de preparativos, de actos, de procesiones, de notas de prensa, de representaciones, de lágrimas… Todo era igual, pero todo era diferente. El modo de vivirla, de verla, de contarla… Todo era distinto.

De hecho, mi Semana Santa de 2011 no comenzó junto a mi Virgen de la Soledad, esa que custodiamos con devoción los Hermanos del Divino Obrero. Había comenzado meses atrás, pero en la distancia. A más de mil kilómetros de distancia, la Semana Santa también se siente. Por eso, mi Martes Santo llegó casi recién aterrizada, procedente de donde hablar de Pascua significa también hablar de Historia, del Easter Rising de 1916 o de los acuerdos de Viernes Santo de 1998.

Llegó con puntualidad británica, a las doce, una hora a la que me incorporaba a mi nuevo trabajo en el turno de noche. No sería la única novedad que me dejaría este Martes Santo, ni a mí ni a la Semana Santa de León, otra Semana Santa para la Historia de la ciudad y de una cofradía en particular.

Por eso, mis primeras horas del Martes Santo, esas en las que la mayor parte de los leoneses duermen, y en las que en los círculos cofrades se acelera el ritmo de montaje de los pasos, fueron las del regreso al mundo del periodismo digital, ese al que los periodistas parece que estamos llamados en la nueva era de la información, en la que la vida se vive a través de Internet.

Fueron las primeras horas de retomar el contacto directo con la información, con el trabajo diario del periodista, y de contar lo que está ocurriendo en León. Y León, ese Martes Santo tenía interés periodístico, y no sólo por el ya

consagrado indulto del preso. Y así, entre titulares, noticias y más de un café, mi primera noche de vuelta al panorama mediático leonés llegó a su fin conforme el alba asomaba a orillas del Bernesga.

Martes Santo. Día del perdón. Día del dolor de la Madre. Día de vía crucis. Con el cansancio reflejado en el rostro, ese que dice que apenas has podido conciliar el sueño, que tu cuerpo aún no se ha adaptado a los nuevos ritmos que a partir de entonces formarían parte del día a día, por la tarde me dispuse a recorrer León con sus cofrades, para seguir empapándome de esa esencia de Semana Santa que tanto se añora cuando estás lejos.

Pero yo miraba al cielo. Continuamente. Paraguas en mano, salí a la calle, y volví a mirar. Y cada dos pasos, miraba al cielo. El reloj pasaba de las seis y emprendí mi camino hacia San Francisco para ver a los cofrades de La Vega. El sol acompañaba, pero las nubes también. Y el riesgo de lluvia era palpable. Que les deje salir, pensaba. ¡Cuánto sabemos los papones del dolor que supone dejar los pasos en casa…! Y allí, a las puertas del asilo de los Ancianos Desamparados, me dispuse a ver una de las procesiones que tradicionalmente siempre veía ante la S.I. Catedral, en el Locus Apellationis, o a su regreso a La Vega por la calle Ancha. Pero esta vez quise acercarme a su salida, donde los papones sienten los primeros ánimos de quienes copan las aceras para verles y acompañarles, para mostrarles su fidelidad. Y eso, un papón siempre lo agradece.

Y así, fui grabando en mi mente los detalles de cada paso, de cada banda, las novedades, guardando para mi memoria esas imágenes que hacen que cada Semana Santa sea diferente a la anterior. Las de este año se unían al del pasado, en el que había acompañado a la cofradía del Perdón en representación de Jesús Divino Obrero.

Pero cada poco, como un acto reflejo, mi mirada se dirigía de nuevo al cielo. Y mi pensamiento cambió. Que les deje llegar, pensaba. Pero

cayeron las primeras gotas y con ellas despertó de nuevo el fantasma de la lluvia. Aun así, las plegarias de más de uno de los presentes hicieron posible que las nubes dieran una pequeña tregua, el final de la procesión enfilase San Francisco y se perdiera por el viejo León, camino del Locus Apellationis.

Y tan pequeña que fue la tregua. Otra procesión del Martes Santo se disponía a salir a la calle. En Santa Nonia se ultimaban los preparativos. Los alrededores eran un ir y venir de papones, cruces, bandas… Me aposté a las puertas del Conservatorio Profesional de Música, paraguas en mano, para continuar una jornada que seguía siendo novedosa para mí: nunca había presenciado la salida de Angustias y Soledad desde Santa Nonia.

Y allí, a la espera, entre los dimes y diretes del bullicio y el constante trasiego de los de negro, nos dieron las ocho. Y seguíamos mirando al cielo. Hablo en plural, porque la cosa no pintaba nada bien. Y al final, pintó y mal. La lluvia comenzó a caer y, pese a la espera, finalmente la cofradía decidió suspender la procesión, un gesto que en numerosas ocasiones no es compartido ni respaldado, pero que es una decisión valiente y poco reconocida que honra a los responsables de las cofradías, en uno de los momentos más difíciles que deja la Semana Santa.

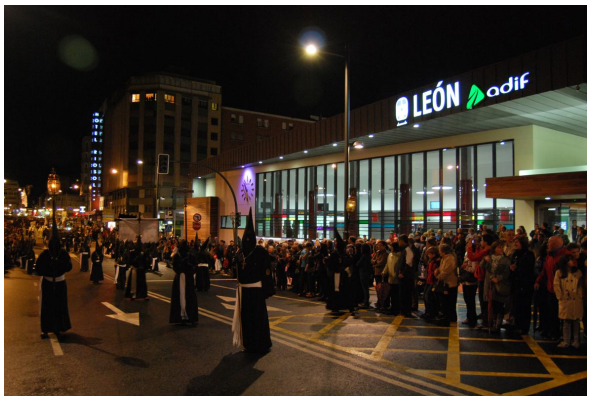
Bajo la lluvia me quedé sin saber qué hacer, hasta que me acerqué a la iglesia de Santa Nonia donde, en su interior, estoy segura de que rodó más de una lágrima por los rostros de los cofrades. Estaba rodeada de gente que se resistía a abandonar los aledaños del templo, como si quisieran desafiar a la lluvia: de aquí no se mueve nadie. Mientras, en el interior de la iglesia se celebraba en aquellos momentos un emotivo acto para poner fin al día en el que el Dolor de Nuestra Madre se vivió de puertas hacia dentro.

Y entonces pensé en los cofrades de La Vega. Pero antes de volver a la calle Ancha para ver el regreso, con-tinué aprovechando una tarde única en años y me acerqué a San Francisco para ver el Vía Crucis del Silencio. He de reconocer que la cofradía de San Francisco siempre me ha generado un profundo respeto y admiración, no sólo por la

solemnidad de sus procesiones, sino también por la interiorización que ellos mismos hacen de esa solemnidad, y de la que dan buena fe en cada uno de sus actos.

Y lo fue también en su Vía Crucis en el interior del templo, he de decirlo, con un lleno absoluto, y de donde rescato una imagen: la de esos ojos que asoman tras el capirote blanco y se pierden en el vacío en cada una de las estaciones de penitencia. Me estremeció la solemnidad; me estremeció como a un niño que mira por primera vez a los ojos de un papón.

Se acercaba el momento. Pero volví a verles antes de que enfilaran la calle que les llevaría directamente a su casa, a su iglesia parroquial de San Francisco de la Vega. Había finalizado el Locus Apellationis, y ya se aproximaban por la calle Ancha.



Los cofrades del Perdón sabían que lo que ocurriría unas horas más tarde pasaría a la Historia de la cofradía, pero también de la ciudad de León. Un mes antes, había vivido desde la distancia otro momento histórico: la supresión del paso a nivel de El Crucero. Y ese 19 de abril de 2011 pasaría a la Historia por ser el día en el que Ordoño II llegó a su barrio, a su iglesia.

Contaban los periódicos que más de 3.000 personas no quisieron perderse el momento en el que la cofradía del Perdón atravesaba el nuevo vial que les llevaría hasta su puerta en apenas unos minutos. La emoción del momento podía hasta con la lluvia que había caído durante el recorrido. Lejos quedaban ya esas travesías por la avenida de Palencia. El Perdón abrió el nuevo vial, el nuevo recorrido, y otra página en la Historia de la Semana Santa y de la ciudad de León.

Esa era la sensación. Siempre es difícil obviar esa condición intrínseca que tenemos los periodistas de escudriñar lo que ocurre a nuestro alrededor y buscar la noticia. La noticia del Martes Santo era que se había hecho Historia, y se había hecho de la mano de la Semana Santa.

Fue la última sensación de un día que acabó como empezó: trabajando…

Miércoles Santo

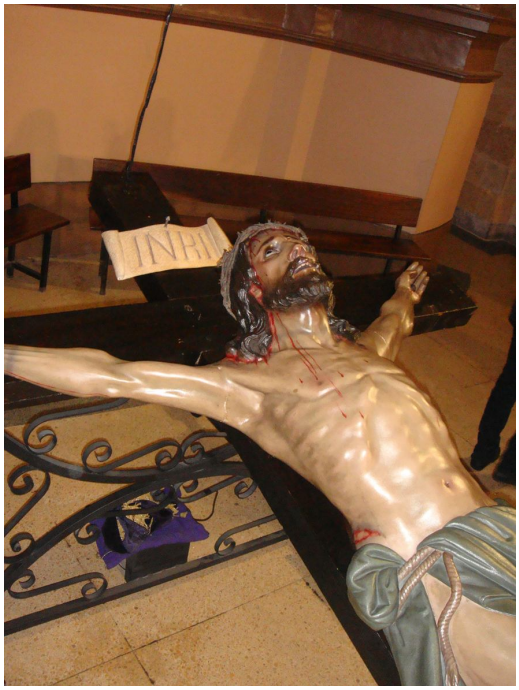
Recuerdos de Agustín Nogal Villanueva

Día de paraguas, suspensiones y alternativas

Había dormido mal, sintiendo el desasosiego, reconcomio y malestar que en el cuerpo me había dejado el no poder salir en procesión el día anterior. No obstante, había estado de cena con amigos tras la labor de recogida de elementos que no pudieron salir a la calle, aunque sí que habíamos realizado nuestra tarea, pero ya se sabe eso de que contra los elementos… no se puede luchar.

Bueno, en realidad más que cena había sido un resopón, esa cena para recuperar cuerpo antes de ir a la cama que se hace más tarde de lo habitual, pues cuando quisimos comenzar era casi la una de la madrugada.

No obstante, me levanté animado y con ganas de salir a la calle con mi hija para ver lo que se estaba preparando en los diversos lugares de los que estaba previsto que en esa tarde salieran actos procesionales. A pesar de las desfavorables predicciones meteorológicas, que ahora está muy de moda consultar –¡qué afición en la actualidad a la meteorología entre los papones!–, y de que el observar el cielo tampoco animaba, una cierta esperanza continuaba en mi corazón.



Hija y padre recorrimos, para ver como finalizaban los trabajos de montaje, Santa Marina la Real, San Francisco el Real de los Capuchinos y el Monasterio de las RR. MM. Benedictinas. Así mismo, visitamos otros lugares, para observar como se desarrollaban los preparativos para días siguientes, inspeccionando casetas de cofradías, etc.

Pero un cierto desánimo nos iba invadiendo bajo el paraguas en el que reiteradamente buscábamos protección, e incluso un intenso aguacero nos obligó a guarecernos en un bar de la Plaza del Grano. Pues ya que dice el refrán que "no hay mal que por bien no venga", y allí pudimos degustar una rica limonada mientras charlábamos con mi amigo Pablo de esas cosas que hablamos los papones y que se entienden poco por el público generalista, que ve las cosas pero no llegan al sentimiento.

A la hora de comer, las perspectivas climatológicas no mejoraban, la lluvia parecía que no iba a cesar, pero el resto del Miércoles Santo se presentaba aún cargado de actos. Curiosamente es el día intermedio de la Semana Santa, en el cual hace dos décadas casi no había nada, pero en el que en la actualidad se dan cita el mayor número de actos casi simultáneos.

Tras una siesta reparadora, con ánimo salimos a la calle, dirigiéndonos en primer lugar a la iglesia de Santa Marina, de donde tenía previsto salir a las 20 horas la Cofradía La Agonía de Nuestro Señor, la segunda de las cofradías exclusivamente femeninas de la ciudad, con su Procesión "Jesús Camino del Calvario", portando ese Jesús del Vía Crucis, singular Cristo cayéndose por el peso del travesaño de la cruz.

Los participantes, papones y bandas, iban llegando. Se colocaron almohadillas y el paso llegó a preparase para emprender camino. Pero, cuando el cortejo iba a partir, una lluvia irrespetuosa y recalcitrante volvió a hacer acto de presencia, y la cordura determinó

que se suspendiera la Salida procesional, siendo sustituida por un acto que consistió en el rezo de un Via Crucis en el interior del que fuera templo jesuita.

Al término del mismo, intervino la Banda de Cornetas y Tambores “El Salvador” de Villamañán, que interpretó una marcha procesional, realizándose a continuación lo mismo por la Banda de Cornetas y Tambores de la cofradía de Angustias y Soledad, y seguidamente el coro de niños “Antonio Valbuena” actuó cantando varias piezas corales, finalizando todo ello con la interpretación de la Marcha Real.

Me dirigí, con mi incondicional mujer y unos amigos, hacia el templo de San Francisco, conociendo ya la suspensión de otras dos procesiones, que eso del móvil y de los mensajes por el mismo tienen alguna utilidad y no sólo son incordios de la forma de vivir actual.

Al atravesar la Plaza del Grano, donde está sito el monasterio de las RR. MM. Benedictinas, comentamos con los hermanos de la Real Cofradía de Minerva y Vera Cruz la suspensión, por las evidentes condiciones meteorológicas adversas, de la procesión Virgen de la Amargura. Por el Abad y la Junta de Seises se esperó hasta el último momento para suspender la procesión, y se determinó que el Flagelado del Amparo y la Caridad, el Nazareno de la Humildad y Paciencia, el Señor de la Salud, la Amargura y Nuestra Señora de la Vera Cruz, a los cuales iban a acompañar el Lignun Crucis y el Cristo del Desenclavo, no abandonaran la protección que les daban las carpas sitas en el patio conventual. No era procedente

arriesgarse a salir a la calle, cuando existía aún la esperanza de hacerlo en el Santo Entierro en la tarde-noche del Viernes Santo.

De San Francisco no se oyeron partir ordenadamente para la procesión del Silencio, organizada por la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio, las horquetas con las matracas dando instrucciones a los braceros. No se oiría en ese año cantar la Salve en la Plaza de la Inmaculada, ni los crucíferos llamarían la atención del espectador asombrándole con el tamaño de sus cruces.

El Jesús de Medinaceli y el Cristo de la Expiración recibieron culto en el interior del templo de los Capuchinos, en un acto cargado de emoción para los cientos de asistentes, que de alguna forma vieron así paliar su desmoronada ilusión de acompañarles y verlos en la calle un año más.

La disposición y dispersión de los cortejos, junto con la maldita lluvia que acumuló aún más los actos al verse reducidos los procesionales a acciones de otro tipo, como los rezos y vía crucis internos, no me permitió asistir a todos los eventos de ese día, que los tiene a raudales: cuatro en la tarde y dos en la noche. Por ello no pude observar lo que sucedió con el solemne Vía Crucis Popular de la Cofradía Santo Cristo del Perdón, que debía partir de la iglesia San Francisco de la Vega a las 20:30 horas, ni con la Ronda Lírico Pasional de la Cofradía del Santo Cristo del Desenclavo, que es otra manera de hacer Semana Santa, y que debía partir de la iglesia de Santa Marina a las 23:15 horas.

Pero para cerrar el día, aunque propiamente es una ceremonia que se desarrolla con el inicio del Jueves Santo, acudí a la iglesia de San Marcelo, de donde a las 24:00 horas debía partir el Solemne Vía Crucis Procesional de la Cofradía de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz.

No hubo puesta en escena con el fondo de la muralla, pero si drama por el interior de la iglesia consagrada al patrono de la ciudad. Se realizó el rezo del Vía Crucis, siendo acompañada la Cruz de Difuntos de la Cofradía, entre faroles, por sus abades y por el preste en sus desplazamiento ante los símbolos de las estaciones situados alrededor del mismo.

Entre el rezo de las estaciones fueron interpretadas piezas musicales a cargo de la banda de música, que estaba situada en el coro de la iglesia. *La Madrugá* no se interpretó en la calle, pero ese día también llegó a nuestros corazones.

Reflexionaba en el camino de vuelta a casa que, no obstante, a pesar de las suspensiones, había podido comprobar una madurez en la Semana Santa de León. Se habían producido cancelaciones de actos en la calle, como además había sucedido en el día anterior con la procesión del Dolor de Nuestra Madre, pero sin improvisaciones que determinaran no hacer nada y que todo quedara en lágrimas de desconsuelo, en desesperanza y abrazos de despedida.

Había visto organizar actos alternativos, y ello lo creo muy positivo para la Semana Santa leonesa. A mi memoria acudía el acto que en el interior de la iglesia de los Jerónimos de Madrid tuvo lugar en el 2007, cuando se suspendió la salida procesional del Señor de los Gitanos y tuvo lugar un magnífico Via Crucis con evolución del paso por el interior del templo a los sones de la Agrupación de Angustias. Lástima que no todas las iglesias de León cuenten con un espacio de tanto nivel y superficie, en especial Santa Nonia, para poder prever este tipo de alternativas.

La ciudad no vio cumplir los ritos propios de las cofradías y hermandades, y muchas expectativas se vieron truncadas: de turistas que no pudieron cumplir su programa; de espectadores que no vislumbraron lo que esperaban; de bares que no tuvieron tanta gente, pues el tiempo no invitaba al paseo y la charla distendida en los mismos, aunque hubiera mucha limonada con que ahogar en este

caso las penas y no las alegrías; fotógrafos que no pudieron realizar una espectacular instantánea; etc.

A nivel popular, la suspensión de las procesiones se siente como un dolor de los papones en general, y especialmente de los braceros que no han podido pujar su paso, de niños que han visto cercenadas sus ilusiones, de los componentes de las bandas que no han podido mostrar la pericia obtenida tras largos y penosos ensayos, de manolas que no han lucido su atuendo, de los floristas que no vieron lucir en la calle su trabajo, de componentes de juntas de gobierno que programaron los actos.

Con todos ellos me solidarizo, pues en varios de esos cometidos me he encontrado. Pero permitidme que tenga un recuerdo especial para los componentes de los equipos de montaje de las cofradías que hubieron de suspender procesiones. Ellos adaptaron tronos, aseguraron y limpia-ron imágenes y enseres, y pusieron almohadillas, cumplieron con su función. Y en esos momentos, cuando otros desolados, y con razón, se van para casa, les queda aún una dura tarea: desmontar una procesión que no ha salido. Y eso es muy duro, más que el haber pujado.

Y esos son mis Recuerdos de un Miércoles Santo de un año 2011 en que lo más repetido en León fue la suspensión de procesiones, año que pasará a la Historia como aquel en que los papones más miraron al cielo, y en el que más interrupciones hubo en su programa oficial.

Jueves Santo

Recuerdos de Jorge Revenga

Jueves Santo: una *Isla en el desierto…*

No podría negarlo. Me levanté escéptico. Llevábamos tantas procesiones suspendidas o alteradas, que lo primero que pensé al poner el pie en el suelo es que el Jueves no iba a ser distinto. La siempre nerviosa primavera hizo de las suyas mostrando una inmisericordia digna de Satanás.

Es verdad que por la mañana las nubes, aunque amenazantes, permitieron disfrutar algunos momentos dignos de llevar en la memoria. A las diez en punto estaba como un clavo en Ruiz de Salazar, dispuesto a soñar con una Semana –hasta ese momento– casi inexistente.

Las primeras marchas de la Banda de Música de Jesús y de la Agrupación del Santo Sepulcro hicieron que nuestros corazones se aceleraran sin remedio. Hasta el cielo parecía querer colaborar. Además –a esas horas, con la calle casi vacía– podía saborear aun más el devenir de la procesión.

Porque, para qué negarlo: si se quiere disfrutar de verdad de un cortejo, hay que transitar a su lado solo. Completamente solo. Puedo decir que hasta hubo momentos que me sentí uno más, de negro y celeste, como si fueran mis manos algunas de las que elevaban las andas hacia las nubes, como desafiándolas.

La verdad es que León el Jueves no madruga demasiado. Y hace mal. Pues las estampas que pueden apreciarse en la plaza

de Regla con el Sermón de las Bienaventuranzas son una buena forma de empezar el día más largo de un papón de acera. Poco a poco, pasos y papones fueron acercándose al momento culmen de esta procesión. La Virgen Blanca parecía sonreír dándoles la bienvenida.

A pesar de la pasión que pusieron los hermanos en elevar los pasos hacia el cielo, casi todos ellos miraban desconfiados hacia arriba, *no fuera a ser*. Pero aguantó, gracias a Dios.

La mañana no estaba fría. Pero con el madrugón, el cansancio acumulado y las muchas horas que faltaban para acabar mi cometido reporteril, un café en el París –con torrija incluida– me puso el cuerpo en su sitio.

De inmediato, me esperaba el inicio del Pregón a Caballo. Acudí sin dudarlo a su proclamación por el poeta en el Consistorio. Pero me dejé llevar enseguida por los sonidos peculiares de los casos de los equinos y soñé –volví a soñar despierto– con un León desconocido y acogedor; escuchando unos tambores que quisieron anunciar el Viernes de la Cruz que se quedó en las iglesias, como si nos lo hubieran robado, como en la canción de Sabina.

La casualidad hizo que este año los caballeros tuvieran que esperar en la calle del Cid la llegada de la Procesión de los papones de negro y azul. Cuatro gotas contadas pusieron los nervios a flor de piel.

Aún permanecí un buen rato cerca del sonido de las bandas, y me despedí del cortejo de las Bienaventuranzas en una plaza de Botines repleta.

A buen paso me acerqué a Santa Nonia. A esas horas, en la *Saca* no cabía un alma. Capilla y carpa a rebosar. Cientos de sonrisas. Muchos abrazos, apretones de manos y golpeteos de horqueta pidiéndonos una limosna. En fin. Como siempre desde que se tiene memoria.

En la otra Santa Nonia, la que regenta Santi, se nos dio a beber unas generosas rondas de limonada con sus tapas. No había más tema de conversación que las pésimas predicciones meteorológicas. Pero todos aseveraban con seguridad que el Viernes por la mañana la procesión iba a salir; el tiempo siempre la respeta –se decía–. Lástima que la estadística no sea una ciencia exacta.

Como si el inconsciente supiera lo que iba a ocurrir al día siguiente, tras una pequeña cabezada, me acerqué a ver la maqueta de El Encuentro que estaba dispuesta en un centro comercial que, por esas estupideces que pergeñan nuestros gobernantes autonómicos, abrió el día de Amor Fraterno. Aunque no sé para qué; estaba totalmente vacío.

Lo cierto es que a esas horas saboreé el Encuentro –que la lluvia nos hurtó al día siguiente– aunque fuera en miniatura.

Sobre las seis volví a Santa Nonia, que seguía repleta de curiosos. Muchas túnicas negras iban de un lado para otro con cara de preocupación. El cielo tenía un color parecido al de sus telas. A las siete y media estaba sentado en Santa Marina.

Me había marcado un recorrido contrarreloj, de atajador experto, para no perder ni un detalle de la Ceremonia de las Tinieblas, la Procesión de la Cena, La Despedida, Las *Marías,* y la de las Injurias. Hasta había renunciado a acudir a la Cena de Papones para cumplir el

encargo. Pero todos los planes quedaron enseguida en agua de borrajas.

El Desenclavo puso sus voces a la antigua ceremonia de Tinieblas. Los hermanos –en los bancos– miraban hacia la puerta a hurtadillas con cara de preocupación. Al final, como estaba previsto, la procesión de Las Tinieblas se quedó en casa, como el pasado año.

Con mucho escepticismo, me dirigí a la plaza de Regla a ver la salida de La Cena y, de seguido, las otras procesiones. Ni una ni otras. El cielo se rompió, y en unos minutos todos estábamos empapados.

Me sorprendió ver a la Banda de Cornetas y Tambores de Minerva con traje. No recuerdo ninguna procesión dentro de la Semana Santa en la que una banda de cofradía deje colgadas las túnicas en casa.

Sería, por tanto, la primera vez en la Historia –que yo sepa– en la que iba a caerse uno de los grandes tabúes de la semana santa. Pero no puedo ser.

Todos nos refugiamos en la Pulchra para presenciar la bendición del pan y, con cara de contrariedad, nos fuimos hacia otro lado, plenamente conscientes de que el día, por mucho que nos empeñáramos en no reconocerlo, había acabado a las ocho y media de la tarde, minuto arriba o abajo.

Dos llamadas telefónicas me comunicaron que ni *Marías* ni Gran Poder habían podido salir. El Poder rezó en las Trinitarias. Las *Marías* en el patio posterior del Convento de los Capuchinos. Lástima que las hermanas de verde y negro mojaran sus pasos innecesariamente.

En contra de mis planes, acudí a la Cena de Jesús. Allí, con el tradicional menú reglado (tortilla de escabeche y lechazo), no se hablaba de otra cosa –como todo el día en todos los rincones–, de la despiadada y abundante lluvia. Quizás las gotas que traía sobre su túnica el futuro abad, Carlos Rueda, cuando entró a la cena tarde, como manda la tradición, fueron el presagio más negro que pudimos tener.

A las doce de la noche, cuando acudimos a La Ronda y a escuchar su anuncio por parte de una mujer, Susana Vergara, por primera vez en la Historia, era prácticamente imposible no mojarse. Daba igual tener el paraguas abierto o cerrado, como si lloviera de lado.

Con el alma encogida, llevando en la memoria un *Levantaos, hermanitos*, muy poco convincente y temeroso, nos fuimos para casa, no queriendo asumir una realidad que sólo una pocas horas después nos hizo vagabundear por León un Viernes Santo desconocido, extraño, que nos dejó huérfanos a todos y un sabor de boca amargo para siempre.

Viernes Santo

Recuerdos de Xuasús González

Nadie recordaba un Viernes Santo así

Mala pinta. Tenía muy mala pinta… No sé muy bien por qué –en realidad sí lo sé: porque todos los pronósticos así lo vaticinaban, aunque yo no quisiera creerlo–, pero cuando me acosté, algo me decía ya que no se nos iba a dar bien el Viernes. Es una de esas ocasiones en las que uno no quisiera tener razón…

Me había dormido, como cada año, escuchando La Madrugá sevillana en la radio… Una Madrugá en la que la lluvia también condenó a las hermandades a no poder sacar las cofradías a la calle.

La Semana Santa de 2011 estaba ya pasando a la Historia por ser la más aciaga, al menos, desde que alcanza la memoria de los más antiguos. Y es que la meteorología no estaba del lado de los cofrades, y pocas –muy pocas– procesiones habían podido desarrollarse sin contratiempos en lo que llevábamos de Semana.

La lluvia se había convertido en una auténtica pesadilla. Y en el Viernes Santo –al menos a primera hora de la mañana– no parecía que fueran a cambiar mucho las cosas.

Emprendimos nuestro camino hacia la iglesia de Santa Nonia. Se me hacía raro –no creáis que no– vestir de calle, y no con la túnica. Pero uno se había comprometido a ser los ojos de La Horqueta para el Viernes Santo, y como mejor –pienso– se puede llevar a cabo esta labor es como papón de acera.

Lo llevaba todo conmigo, especialmente los *papeles* que me permitirían acceder al Consistorio en el Encuentro –gracias por todo, Fernando–, aunque –desgraciadamente– no me hicieron falta.

Camino –decía– de Santa Nonia, me crucé con algunos grupos que ‘apuraban’ la noche… Una lástima para la Semana Santa leonesa, a

pesar de que nada tiene que ver con la idea de Pérez Herrero y compañía.

Faltaría poco más de un cuarto de hora para que comenzara la procesión, y el entorno de Santa Nonia –sin pasos, que estaban a cubierto– era ya un continuo ir y venir de papones nerviosos que se temían lo peor. Seguía lloviendo, sí…

Eran las 7:30 h., y la cruz de guía no asomaba tras las verjas de Santa Nonia. "Se retrasa la salida hasta las ocho y media" –se comenzó a decir–, y la noticia corrió como la pólvora.

Llegado ese momento –continuaba lloviendo–, se retardó de nuevo hasta las nueve. No había mucho más margen… y el tiempo no mejoraba.

Las cafeterías de alrededor se habían convertido en 'refugios' de papones en los que hacer más llevadera la espera, intercambiando impresiones sobre Semana Santa… y sobre meteorología, claro.

Se aproximaba ya esa hora límite que se había marcado: las nueve en punto. Y, apenas unos minutos antes, se mandó salir a todos los hermanos a las puertas de Santa Nonia.

El abad, Fernando Salguero, entre lágrimas, anunció lo que todos ya sabíamos: este Viernes Santo, en el año en que la cofradía celebraba su cuarto centenario fundacional, la Cofradía de Jesús se quedaría en casa y no saldría en procesión.

La lluvia lo había impedido, y aunque la decisión había sido dura, era lo mejor. "Nos queda toda la vida por delante", intentó animar el abad, a la vez que invitó a todos los braceros a acercarse a sus pasos para coger una flor.

Nadie recordaba un Viernes Santo que, por causa de la lluvia, la Procesión de los Pasos no hubiera salido a la calle. Y precisamente este año tan especial para la cofradía pasaría a la Historia por ello. En un 2011 en que el Nazareno había salido de forma extraordinaria por

las calles de León en febrero, y que incluso acudiría a Madrid, en agosto a procesionar ante el Papa en el Via Crucis de la Jornada Mundial de la Juventud. Pero sería un 2011 en el que, el Viernes Santo, no se vería a la Cofradía de Jesús en la calle.

Este es uno de esos momentos en los que uno se siente orgulloso de ser hermano de Jesús. Una decisión tan difícil, pero tan acertada, hace que uno se quede con la pena de no ver a su cofradía en la calle, pero también con el buen sabor de boca de haber hecho bien las cosas: no se puede salir a cualquier precio.

Así, entre aplausos y lágrimas, y tras rezar todos juntos un Padrenuestro, los papones (y los músicos, y las manolas, y las escoltas, y los fieles, …) que allí se encontraban comenzaron a abandonar Santa Nonia.

Mientras tanto, un toque de ronda y el Himno cantado ante el Nazareno ponían, por el momento, el punto final.

La pregunta era obligada: ¿qué demonios se hace en León un Viernes Santo por la mañana si no hay procesión? Y, por más que nos lo preguntábamos, no acertábamos a responder…

No se nos ocurría otra cosa mejor, y decidimos hacer nuestra “procesión” particular, recorriendo las mismas calles que hubiera seguido la de los Pasos de no ser por la lluvia…

Nos encaminamos, por el itinerario de costumbre –aunque completamente vacío–, hacia la Plaza Mayor. Unos cuantos cristales salpicaban continuamente el suelo de las calles; al menos, este año ningún papón descalzo sufriría por ello.

Llegamos a una Plaza Mayor que ya estaba desierta, pues hacía ya algún tiempo que había llegado la noticia de que este año no habría Encuentro.

Nosotros, en tan incomparable marco, tuvimos la ocasión de charlar durante un tiempo –gracias, Manolo; gracias, Ana– con *tía* Matilde, viuda del que fuera abad de Jesús en 1950, Mariano Martín Granizo.

Es todo un privilegio poder escuchar sus vivencias, sus recuerdos, sus anécdotas; esa Historia no escrita de la Cofradía de Jesús, que lo es también de la Semana Santa leonesa.

Continuamos hacia la Catedral, donde ya estaban desmontando la carpa que la Hermandad de Santa Marta había utilizado la tarde-noche anterior; y de ahí, hacia Santo Martino, hacia el "descanso" en el que los cofrades reponen fuerzas con un buen desayuno.

Ese desayuno que, dicho sea de paso, es mucho más que eso. Es una ocasión única para compartir impresiones sobre la procesión, sobre la cofradía, sobre la Semana Santa. Un desayuno sin el que muchos no entenderían el Viernes Santo leonés. Un desayuno que –a buen seguro– lleva ya unos cuantos días encargado.

Quizá este año hubo quien renunció al suyo, no digo que no. Nosotros, por nuestra parte, pasamos a tomar siquiera una limonada por uno de esos en los que se respira Semana Santa. Gracias una vez más.

Sacramento, San Isidoro –donde nos cruzamos con el Obispo leonés– y Cid. Y, sin apenas darnos cuenta, habíamos callejeado –nuevo León incluido– hasta adentrarnos en la calle San Francisco, a pocos metros de nuestra llegada a Santa Nonia.

Eran las 11:45 h., y la iglesia estaba abierta –no así la cochera, ni la carpa–, y con una cuanta gente que se había acercado a visitar, por última vez este año, los pasos –a modo de saca, mesa petitoria y horqueta incluidas–. La Flagelación

estrenaba su trono, y acaparaba muchas miradas. Por su parte, el Nazareno, la Dolorosa y la Verónica continuaban con su adorno floral.

Abandonamos Santa Nonia y, de allí, nos acercamos hasta las Carbajalas, donde Minerva ultimaba ya los preparativos para la Procesión del Santo Entierro.

Tras la visita, y con un notable cansancio –y sueño– acumulado durante toda la Semana Santa –y la Cuaresma, si me apuráis–, aproveché este día extraño para descansar un rato… antes de comer.

Tras una típica comida de Viernes Santo, nos apresuramos –cómo pasa el tiempo en la sobremesa– a dirigirnos hacia San Marcelo, con la esperanza de que la climatología, al menos, respetara la tarde. No llovía y brillaba el sol. Buena señal.

Las Siete Palabras comenzaba su actividad a las 17:00 h. con el Sermón que, en la iglesia de San Marcelo, pronunciaba el sacerdote Manuel Fláker.

Al mismo tiempo, en las inmediaciones del templo se sacaban los pasos de la carpa, colocados ya para que comenzara la procesión, salida que tenía lugar pasados cinco minutos de las seis de la tarde.

Pero volvió a pasar. La lluvia hizo, de nuevo, acto de presencia, apenas un cuarto de hora más tarde, y las primeras gotas de agua traían consigo –como por la mañana– las peores sensaciones. De hecho, en el transcurso de la promesa de silencio del paso de la Cuarta Palabra, el Cristo de los Balderas era tapado con plásticos. Eran las 18:30 h.

Apenas unos minutos después, la cofradía decidió suspender la procesión, y todo el entorno de la iglesia de San Marcelo se convirtió en un trasiego anárquico de pasos y papones que buscaban su

refugio en la carpa. A las 18:50 h., ya no quedaba nada en la calle; nada, salvo –claro está– esa lluvia que, de nuevo, acababa con nuestra esperanza de ver a las Siete Palabras en la calle.

Al Cristo de los Balderas y el *Himno a España*, interpretados por la banda de las Siete Palabras en el interior de la carpa, ponían el punto final a la jornada para los de negro, rojo y blanco. Pasaban entonces cinco minutos de las siete de la tarde.

Nos dirigimos entonces a las Carbajalas, de donde a las 19:00 h. habría de salir la Procesión del Santo Entierro, cuya organización, por ser año impar –en virtud de La Concordia firmada con Angustias en 1830– corría por cuenta de la Cofradía de Minerva.

Dicen que al suspenderse por la mañana la Procesión de los Pasos, Minerva invitó a la Cofradía de Jesús a participar con el Nazareno, pero los de Santa Nonia declinaron la invitación.

Sea como fuere, seguía lloviendo, y las previsiones no eran buenas. Minerva decidió esperar hasta las 20:00 h., pero diez minutos antes ya se anunció de forma oficial: se suspendía la procesión.

El rezo en las Carbajalas de un Padrenuestro, un Avemaría y una Salve daban por finalizado un Viernes Santo pasado por agua mientras los papones de Minerva abandonaban el entorno de la Plaza del Grano.

Y, sí... Seguía lloviendo con ganas...

Sábado Santo

Dedicado a Javi Luque. R.I.P.

Recuerdos de Álex J. García Montero

El Sábado Santo amaneció con la resaca del agua caída el día anterior. Es curioso: este día estuvo lleno de contradicciones para mí. La palabra resaca se asocia habitualmente al alcohol, y esta vez, todos teníamos resaca de agua, de lluvia, de nube, de granizo, de trueno y de relámpago.

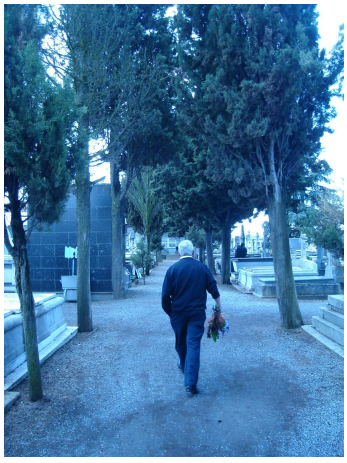
Me encaminé a Santa Nonia, madrugón previo. Si otras veces el desmontar la procesión causa hastío y algo de nostalgia, esta vez no. Casi, hasta había cierta alegría por desmontar lo que no pudo salir.

El tiempo es así de caprichoso. De hecho el Sábado Santo hizo una mañana esplendorosa de calor y sol.

Santa Nonia poco a poco fue vaciando su piso donde, horas antes, se habían amontonado ilusiones, lágrimas, sollozos y abrazos, para convertirse en un albero blanco, vacío de pasos y sentimientos.

Con lentitud, los montadores de Jesús fuimos llevando los tronos y enseres a la nave y, junto con estos, dejamos en el suelo de Santa Olaja nuestras frustraciones.

También estábamos satisfechos de que el patrimonio volvía a la nave en forma de tronos, y a las pilastras y basamentos de la iglesia de Santa Nonia, en forma de imágenes pasionales, en perfectas condiciones, sin tener que mostrar enfado alguno por contrarios motivos. En todos nosotros estaba la faz de Fernando Salguero, anunciando entre lágrimas, la suspensión de nuestra procesión con enorme sentido de la responsabilidad de él y toda su Junta de Seises.



Al finalizar la mañana acudimos, como de costumbre, al cementerio, a recordar, rememorar y conmemorar a aquellos hermanos de Jesús en general, y montadores en particular, que un día partieron a la capilla donde se

encuentra el auténtico rostro del Nazareno. Eso que llamamos Cielo y que los papones procuramos hacerlo más terrenal con nuestros actos.

También tuvimos recuerdos, lágrimas y pasiones para nuestros familiares, aunque no vivieran la Semana Santa tan de cerca como nosotros.

Tras la comida fraternal, donde el Abad Rueda, que en paz descanse, se dirigió a nosotros por última vez, cada uno tomó el camino de vuelta a su casa desde el silencio de no haber realizado estación de penitencia alguna.

Pero la muerte no tiene nunca la última palabra, puesto que ahora seremos nosotros los que nos dirijamos a Rueda o a Luque tantas veces como nos dé la gana. Porque en el cementerio de León, aunque no hay romanos que custodien tumbas, se puede oír, escuchar y sentir el corrimiento de la piedra del Sepulcro de cada papón, familiar, amigo, hermano y compañero.

Por la tarde, se hizo tiniebla, tal como había sucedido a lo largo de los días precedentes, y quizás como sucedió en el primer Viernes Santo de la Historia. No obstante, me acerqué a Santa Marina, iglesia de rango y abolengo donde las haya, para sentir que el Desenclavo, un año más, iba a desafiar el tiempo, cual "Cristo de Rogativa" más que penitencial. Y me equivoqué.

Erré porque esta vez desafió a la lluvia haciéndola parar en seco pocos metros más allá del dintel de su salida. Cual Moisés en medio del Mar Rojo, el Cristo del Desenclavo, que tantos apelativos cariñosos relacionados con la climatología ha recibido, mandó parar la lluvia para que sus hermanos, tantas veces con el agua al cuello, pudieran realizar una de las pocas, más bien escasas, procesiones de Semana Santa que hubo en León.

Y al ver a los papones de la Cofradía del Santo Cristo de la Bienaventuranza, con sus capillos azules, recordé que también habían

salido el Jueves Santo, con su procesión mañanera. Y, claro, exclamé jocosamente: “cuando el agua no es de color azul”.

Lo normal en nuestros dibujos infantiles es que los niños dibujen el agua de color azul. Sin embargo, esta Semana Santa, el color del agua se impregnó de múltiples tonalidades, pero nunca de color azul; pues los papones de la Bienaventuranza ejercieron de paraguas con el implacable cielo leonés.

También protegieron a sus hermanos del Desenclavo, quienes, con una excelente organización de procesión, hicieron vibrar a León, con el acto del Desenclavo en el atrio de la Catedral. Otra vez José de Arimatea y Nicodemo vistieron túnica carmesí y capirote negro para desenclavar a Jesús.

Ahí también se congregaron los hermanos de la Imperial Cofradía del Milagroso Pendón de San Isidoro para acompañar a Cristo y a María en tan duro trance. Esta vez, tocados de negro, pues fuera del atrio de San Isidoro, no visten su hábito.

Dicho acto parecía extraído de los sagrados vitrales de la *Pulchra Leonina* para acercar esa tarde la luz a una Virgen del Desconsuelo que buscaba el cuerpo de su Hijo con el fin de cantarle la nana macabra de la muerte, del fin de la vida…

Tras las jaculatorias fúnebres que nos trasladaban, en la Plaza de Regla, a la disputa entre comuneros y realistas una noche de Jueves Santo de mil quinientos veintiuno y que con el “Dainos” suponen una de las esencias sobrias de nuestra Semana Santa, Cristo caminó de vuelta al “Campo de la Sangre” hecho madera retorcida en piedras del Barrio Romántico por la penitencial de Santa Marina.

Para ello, e intentando aliviar el dolor de María, La Cena, sí, la majestuosa Agrupación Musical de La Cena, y la espléndida Banda de Música de Jesús Nazareno, acompañaron con sus sones la Procesión del Desenclavo.

De allí me dirigí a la Plaza Mayor. De nuevo había vuelto la lluvia. Y es que León fue Venecia durante esta Semana Santa. Pero no, yo quería ver Jerusalén y, qué mejor que aquellos que recogen el testigo del Santo Sepulcro, la Cofradía del Santo Sepulcro – Esperanza de la Vida, para sentir de cerca que el Bernesga es el Cedrón, la Candamia el Gólgota, y el casco antiguo, nuestro Húmedo, el Vía Crucis de dolor jerosolimitano.

Así, la Cofradía del Santo Sepulcro enfiló Domínguez Berrueta para ir repartiendo la esperanza de Cristo Resucitado descendido a los infiernos, tal como reza el Credo, a varias parroquias de la urbe legionense.

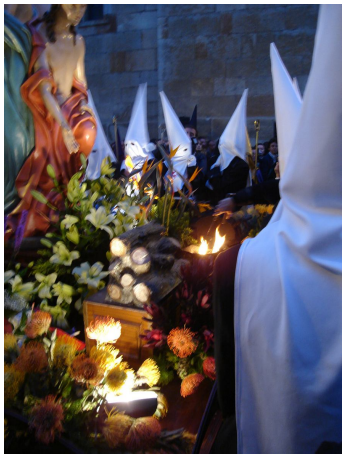
Conviene señalar que el hecho de descender a los infiernos es la cumbre de la *kénosis* o despojo total y absoluto al que fue sometido Cristo en su Pasión y Muerte. Es compartir la muerte con todos los muertos, condición indispensable para que podamos compartir también la resurrección del Señor de vivos y muertos. Otra vez, ni el mal, ni el dolor ni la muerte no tienen, ni tendrán, la última palabra.

El Cristo del Santo Sepulcro casi respira. Pero su respiración es creadora de la Nueva Creación de Dios con el hombre. León entre Botines y San Marcelo, el nuevo Paraíso.

Cortejo fúnebre es el del Sepulcro, sacado de una escena del cine de antaño que se veía en blanco y negro en el Emperador, puesto que entre el blanco y negro de capirotes y túnicas, el negro de Angustias con su magnífica Agrupación Musical, decana de León, sonando sin descanso, negro enlutado de capas de Puente Castro que acompañan a Cristo muerto, pues el Camposanto está más cerca de ellos que cualquier parque cívico.

Todavía en Semana Santa sale ese León rural que hace que nos sintamos como buenos aldeanos en día de mercado. Aunque en la Pasión, la “mercancía” sea el propio Cristo y la Salvación.

También pude observar las cosas que siempre ocurren: zapatillas blancas en punta de vara, pantalón vaquero azul claro en vara externa de puja… y me pregunté: ¿no hay sentido común? Me respondí casi a la vez que me interrogaba…



Con un agotamiento físico, y sobre todo psíquico, sentí el frío ante la entrega del fuego, el agua y la luz en San Marcelo. León diciendo a Cristo que resucitara, que, aunque la Reina de El Ejido no había podido salir a mostrar su Soledad, pronto trocaría ésta en estallido de alegría y esperanza.

Los cortejos regresaron a sus iglesias. Yo volví a mi casa. Gracias a todos los que me permitisteis obtener buenas instantáneas de la procesión y del acto en la Catedral, especialmente a Bea y Javier, seise y hermano mayor del Desenclavo respectivamente.

Cuando me fui a dormir, desde la ventana de mi casa, añoraba que despertara el Domingo de Resurrección para, reunido en fraternal unión con mis compañeros de la Asociación La Horqueta, poder escuchar las cornetas, tambores y gaitas de El Divino Obrero, para sentir los *raseos* enmascarados de una semana pasada por agua, para oler a incienso y saborear una *olea*, para sentir que dentro de un año el agua no será de color alguno; porque nadie, sí, digo bien, nadie, querrá pintarla.

Al menos, que sea así durante diez días de abril en León. Luego, a lo mejor seguirá siendo azul… o no.

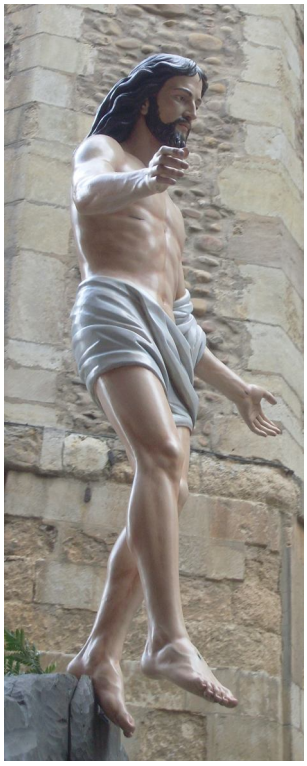
Domingo de Resurrección

Recuerdos de Pablo J. Álvarez Robles

Y al tercer día…

Está nublado. Caen pequeñas gotas de agua, para variar. Maldigo al inclemente tiempo. Me doy una vuelta más en la cama. Total, para qué. Los estragos causados por un Tlaloc enfurecido durante toda la semana hace que el andancio de papón (*Motorines dixit*) se adelante en varios días. Ni las ganas ni la expectativa son suficientes para arrancarme de mi duermevela. Escucho a alguien hablar por teléfono en la habitación de al lado: va al Encuentro. Desde la cama miro por la ventana. Está nublado, para variar. Aún no me levanto.

Debería estar cansado como un perro: andar, pujar, recortar, escuchar marchas, ver y oler; degustar, casi con el paladar, el humo de los incensarios, "atajar", sentir la primavera…



La sensación es más que extraña mientras visito la ducha: es Pascua de Resurrección y no me duele nada. No tengo marcas en los hombros, ni me duelen los pies. Las piernas tampoco están cargadas. Ni siquiera podré esgrimir, a modo de excusa, que me dormí para no subir hasta la Catedral.

Escucho desde la terraza la algarabía de que Cristo ha resucitado mientras fumo un cigarrillo. Sigue nublado, amenazando lluvia. Vuelvo a maldecir.

Cristo no puede haber resucitado, pienso en mitad de mi herética idolatría manifiesta. Le he dejado a las puertas de Jerusalén hace siete días. No ha podido mandar a sus discípulos a preparar el cenáculo. Este año no ha instaurado la Eucaristía. Tampoco le he visto orando entre los olivos, ni he sido un Judas que, con un beso, Le he entregado. No he sido testigo, desde el pretorio, de su flagelación, ni como de espinas le coronaban. No he sido turba que le increpaba camino del Gólgota. No me han dejado barrenar la cruz de mi Cristo, Mi Bien. Tampoco he escuchado pronunciar sus Siete Palabras, ni le he podido llevar, muerto ya, por la plaza a enterrar. Y juro y perjuro

que he estado allí, que he esperado, en las mismas calles, las mismas esquinas, en las horas y los días señalados. No ha podido resucitar. No, no he vivido con Él su Pasión y su Muerte. Este año algo ha pasado.

Vuelvo a mirar al cielo mientras arrojo, con un gesto de rabia y mala educación, la colilla a la calle. Caen ligeras gotas.

Siempre me ha gustado ver esta procesión después de la Misa Pontifical. Reconozco que pocas veces he visto el Encuentro del Domingo. Tal vez por el cansancio acumulado de los días precedentes, o por lo compromisos que tenía con mi extinta banda. Las tradiciones se forjan con los lustros y las décadas, a pesar de que alguna publicación diga que lo que se repite dos años ya es tradicional. Y yo quiero seguir fiel a mis pequeñas costumbres.

Tras un café y una lectura ligera a los periódicos del día me dispongo a presenciar, si el tiempo lo permite, el último de los desfiles procesionales.

Saludo a mi amigo horquetero Manuel en la Catedral, que está con su familia esperando a que vuelva a arrancar la procesión conjunta –un abrazo hermano, te lo llevo diciendo los últimos quince días– mientras me dirijo a mi primera parada: calle Cervantes. Allí he quedado con mis amigos –y hermanos–, mientras miramos a un cielo que duda entre darnos un respiro o volver a aguarnos la fiesta.

El poso de la desolación de los días precedentes hace que observe taciturno el cortejo. Cruz parroquial con enagua y ciriales. Por Dios, que alguien les explique a mis amigos de El Ejido que el color litúrgico del Domingo de Resurrección es el blanco y no el

morado, ni la mezcla de ambos. No tengo buen humor y no dejo de buscar el más mínimo fallo que calme mi rabia contenida.

"Mors Mortem Svperavit" pende del sudario de la Cruz que los jóvenes –y algunos que peinan canas– pujan abriendo la procesión; Banda de las Siete Palabras, con marchas alegres típicas de quién festeja el triunfo de la vida, Su Vida, sobre la muerte. Guión de la cofradía aterciopelada y filas de hermanos –soy políticamente incorrecto y no pienso utilizar el "hermanas"; van incluidas en el genérico– con su capa negra de vueltas blancas. Tal vez más acicalados y mejor peinados por el hecho de que Cristo ha vuelto a la vida. Saludo a más de uno mientras les deseo Felices Pascuas. Resucitado sobre carroza –¿Lo podríamos ver a hombros?– y banda del Gran Poder. Reclamo la presencia del Juez de Penas para que me de un par de estampas. Felices Pascuas, Manolo.

Guiones de muchas cofradías, según me explican, como homenaje a las numerosas hermandades que han tenido que quedarse en casa. No lo entiendo bien del todo. Tal vez sea recomendable aplaudir el gesto, pero no lo comprendo. Más bien soy solidario con las que no están representadas. Es la segunda vez en pocos años, y temo que algo excepcional se convierta en habitual, o lo que es peor, en el manido *tradicional*.

Llega un San Juan bailarín a los sones de la Agrupación Musical del Dulce Nombre, y hermanos de filas de la Real Hermandad organizadora del cortejo con las vueltas blancas de la capa bien visibles para celebrar el Triunfo. Caras felices y sonrientes a la espera del paso, mal llamado, de la Soledad.

Llega con su rictus serio y su manto blanco. Cetro en la mano como Soberana. Detrás, la de Cleofás y la de Magdala, acompañando su tristeza y su renovada alegría. La estampa del tránsito de una procesión por una calle estrecha siempre es muy bella. Aspiro con fuerza los últimos aromas de incienso. Banda de cornetas, gaitas y tambores pone el broche musical, con su característico golpear de baquetas entre sí. Cristo ha resucitado. Aleluya.

Intento recortar por López Castrillón para volver a observar el cortejo de nuevo. La procesión es larga y va muy estirada, pues si bien la cola no ha acabado de pasar por Cervantes, la cabeza ya está metida en Ruiz de Salazar. Adiós a ver la procesión por el Cid. Me gusta ver los cortejos desde la cruz alzada a representaciones, debo ir a buscar una primera fila en la calle Ancha, al lado del Palacio de los Guzmanes.

Por muchas veces que veas, observes y contemples una procesión siempre se descubren cosas nuevas. Entornos arquitectónicos distintos, espacios creados por el público jovial, y la interacción entre éste y los papones –algo fundamental e intrínseco a nuestra Semana Santa– donde la participación del espectador a través de pequeños saludos, gestos y apretones de manos se convierte en una de nuestras señas de identidad.

La mano enguantada que te hace obsequio de una estampa, el guiño y el saludo de compañero, conocido o amigo. El comentario de lo bien o lo mal que van. El cariño, sin duda alguna, entre habitantes y forasteros que generación tras generación se reúnen en León al calor de las procesiones.

El sol se abre paso tímidamente entre las nubes. A buenas horas, pienso para mí.

La visión desde mitad de la calle Ancha me permite ver como se esconde por Varillas, camino del Barrio Húmedo, y de regreso a su casa.

Recibo una llamada de teléfono, tengo comida familiar y por mucho que quiera no podré escaquearme. Aún así me hago el remolón. Al menos una vez más... Necesito saborear los recuerdos que me han de duran un año. Guardarlos en el baúl de mi memoria. Degustarlos, masticarlos y rumiarlos.

La Agrupación interpreta *Al Nazareno de León*. Sonrío para mis adentros. Cruel ironía. Me desesperan las gafas de sol. A buenas horas nos da Ra un respiro y se pone de nuestro lado. Persigo con la mirada como las representaciones se esconden por la esquina de Gnomos. Vuelve a sonar el teléfono. Me están esperando, y digo adiós, con prisa, a la Semana Santa del 2011.

Epílogo

Tras una larga sobremesa regreso a mi cuarto, donde toca guardar y ordenar el acopio de publicaciones cofrades. Colgada en la librería me vigila mi túnica. La miro con cierta desazón, decepción e impotencia. Parece que me echa un ligero reproche. Casi no me atrevo a mirarla mientras la meto en su funda.

Desde hoy y hasta el próximo 30 de marzo, toca empezar a dar forma a una nueva Semana Santa, la de 2012, la cual esperemos nos traiga una climatología más benigna.